

Ediciones
REVÓLVER



GABRIEL BÁÑEZ

EL CIRCO NUNCA MUERE

...primera edición
...VIII edición
...precio de venta en 1.536 el...

El circo nunca muere

Gabriel Báñez

Prólogo

Los años noventa en la Argentina fueron los años de la privatización de los servicios públicos, con sus consecuencias económicas y sociales. La privatización de los ferrocarriles provocó la soledad de muchos de los pueblos que conectaba la extensa red ferroviaria. Estos poblados se fueron vaciando de gente, de vida y al cabo de pocos años, con el aislamiento, acabaron muriendo.

Uno de estos pueblos agónicos es el escenario en el que Gabriel Báñez hace nacer un amor inusual, esperpéntico y eterno. Un relojero de setenta años, devenido artista de circo, y una joven de veinte, casi sin historia revelada, eligen un desierto pampeano para vivir mirándose desnudos, bajo el amparo de los restos de un circo abandonado. Esperan la visita de la muerte, pero cuando ésta aparece la convivencia se tornará un desafío monstruoso.

Gabriel Báñez fue escritor, periodista, editor, y coordinador de un legendario taller de escritura por más de treinta años. Una de las divisas de sus clases era "escribir como si se estuviera muerto". En julio del 2009, después de ganar el Primer Premio Internacional de Novela Letra Sur por su novela "La cisura de Rolando", se suicidó en su casa de Gorina.

Este relato fue cedido por la Editorial Mil Botellas, que está publicando la obra de este escritor. Esperamos que este pequeño aporte de Ediciones Revólver sirva para mantener viva su voz.

Pienso en la muerte y pienso en el cielo porque cada vez que pienso en la muerte pienso también en las estrellas

Emmanuel Bove

Mc Cornick tomó el violín, contempló sin asombro el cuerpo malva de la muchacha, y dejó que la melodía llenara las pausas de una conversación siempre igual, anegada por los días y la rutina. Era junio y llovía.

El olor rancio del aserrín se había estancado junto a la casilla rodante y del sobretecho de entrada se escurría un rumor de agua y viento.

–En junio siempre llueve –dijo Mc Cornick apoyando el arco.

La muchacha estaba desnuda y rendida. Miraba el estampado azul de las paredes sin ninguna ilusión. Era muy joven, rubia y de cabellos lacios. Entre sus pechos espléndidos llevaba una medallita con la estrella de David fundida en oro puro. Mc Cornick la miraba con hidalguía. El mal tiempo arreciaba.

–Va a seguir lloviendo –insistió él.

–Hasta que cambie la luna –dijo ella.

Mc Cornick pensó entonces que hacía rato que no miraba el cielo estrellado. Conocía la humedad celeste de las madrugadas, pero había olvidado las noches. Todavía guardaba la costumbre de las funciones con el cielo de lona sobre la cabeza. Últimamente los sueños le decían que se iría a desfondar.

–Dame un beso –pidió ella.

El viejo se incorporó, apoyó el violín contra la puerta de la casilla, y se agachó junto a la muchacha. Ella sintió que sus pechos se llenaban de respiración. Acunó la cabeza del viejo y se quedó absorta. El aliento de Mc Cornick se hizo trepidante.

Habían llegado al circo hacía poco más de cuatro años, bastante antes de que las funciones desfallecieran y de que su antiguo dueño decretara el fin de la vida errática. No clausuró ni levantó el espectáculo: escogió un descampado del pueblo y dijo “ahí nos quedamos”. Desde ese entonces

el circo empezó a languidecer en la inmovilidad más absoluta. Cuando se agotó el asombro y en el pueblo no quedaron más espectadores, comenzó el éxodo. Primero fue el alambrista y luego le siguieron los contratados y por fin la compañía entera. Fue una agonía demorada que sólo culminó con el desmantelamiento casi total de las instalaciones. Quedaron únicamente Mc Cornick, la muchacha y ese dueño convaleciente que se negaba a abandonar la nave. Antes de morir, como en un gesto de lucidez y magia, dijo: "toque para mí". Mc Cornick entonces tocó y el hombre se fue con música de este mundo. Murió con una sonrisa idílica en medio de los restos de su circo y de esos dos sobrevivientes que lo miraban sin comprender, entre consternados y vacilantes por el destino blanco que de ahí en más empezaba.

Todo lo que tenían era una casilla rodante sin tracción, una carpa muy chica y remendada donde se fermentaban bolsas y bolsas de aserrín, tres valijas, algunos trastos de cocina y el recuerdo circular de la pista con aplausos. En ese entonces ella tenía 19 años y él 70, uno menos de los que tenían ahora, y hacían sus actuaciones esporádicamente, cuando el circo llegaba o para las funciones de despedida. El viejo tocaba, cuatro perritos bailaban torpemente, y ella aparecía llevándose los aplausos y las correas. Ahora estaban solos. Desde la muerte del dueño que no hacían otra cosa que mirarse desnudos por las tardes y asistir a la indiferencia del pueblo.

Ella le acarició los cabellos blancos y le dijo:

–Te quiero mucho.

–Todas las noches sueño con que la carpa se viene abajo –dijo él mirando el techo de metal de la casilla.

La muchacha se ovilló contra su cuerpo y el viejo sintió su olor joven.

–Es porque te estás poniendo viejo.

El viejo rió:

–Ahora nos dicen gerontes.

–¿Quién?

–Los médicos.

Ella sonrió y lo apretó con una ternura infinita. Afuera el agua se arrachaba contra los vidrios y producía un sonido cóncavo. El viejo pensó en los aplausos.

–Hay que traer más aserrín –dijo la muchacha mirando el brasero y el rostro ausente del anciano.

–Está húmedo.

–No importa.

Mc Cornik le dio un beso en la frente y se levantó a frotar con la palma uno de los vidrios empañados. Ella se estiró contra la cucheta y se cubrió con una manta; después bostezó largamente.

El viejo miró la belleza inclemente de la muchacha y se dijo que era el hombre más feliz del mundo.

Afuera una cortina de agua impedía ver el monte y los campos. Antes de que el circo se detuviera, mucho antes, solía imaginar que esos pueblos polvorientos y escarchados de La Pampa no eran más que pueblos fantasmas, con habitantes sin alma y mujeres estériles. Ahora encontraba que esa miseria era una razón deslumbrante. Habían vendido los cuatro perros y todavía tenían la cartera amarilla del finado con los ahorros de las últimas boleterías; el resto, desde las sillas hasta las secciones de la lona mayor y la más insignificante de las herramientas, se había ido en la indemnización del personal.

La muchacha se quejó con un cansancio profundo:

–¿Estás ahí todavía?

–Sí.

Después murmuró algo y se cubrió totalmente. Mc Cornick buscó el capote y luego retiró con sumo cuidado el violín de la puerta. Salió a la lluvia con una entereza de adolescente. Cuando regresó, ella ya dormía profundamen-

te. Dejó la bolsa junto al brasero, removió las cenizas y volvió a la ventana con una expresión remota. El olor rancio del aserrín se le hizo insoportable. Entreabrió entonces la traba del ventiluz y se puso a respirar de la tormenta. Recordó que a poco de llegar al circo alguien le había dicho que trabajar en una compañía era como vivir en una cárcel ambulante. Al principio no lo entendió, pero luego, cuando descubrió que el cielo se encapotaba por las noches, se dijo que era cierto. Ahora era distinto: ya no estaba la condena trashumante de la ilusión y ella seguía a su lado, dormitando tras los vidrios inmóviles de la casilla y sin ninguna perspectiva de futuro. Era insensato, pero era así. Como cuando los chicos reían al borde de la pista. Porque sí. En ese abismo de magia inalterada ella era una sonrisa y un desborde para la edad del viejo. Cuando llegó al circo, él notó que ambos tenían los mismos ojos azules. Se conocieron por los ojos. Después le preguntaría si sabía hacer algo y ella diría "nada, nada de nada". Ese fue un momento inaugural en sus vidas.

Se quedó un buen rato absorto en la lluvia y después preparó mate. Era un viejo hermoso, delgado y con esa claridad irlandesa que en algunos despierta en la vejez. Mantenía el pudor en las facciones y se afeitaba muy de mañana, con tanta meticulosidad que parecía un restaurador.

La muchacha volvió a quejarse entre las sábanas. Él la despertó:

–Tomá –dijo alcanzándole el mate.

Ella se restregó los ojos:

–¿Está con azúcar?

–Sí.

–¿Llueve todavía?

–Sí.

La muchacha chupó la bombilla:

–¿Dormí mucho?

–Algo.

–¿Qué hora será?

–Serán como las diez o las doce, más o menos.

Le alcanzó el mate y ella se recogió el pelo con una hebilla. Parecía más bella aún. En el pueblo creían que era la nieta. Habían llegado a esa sencilla convicción por los ojos también. Cuando salían de compras al pueblo la muchacha se burlaba diciéndole “nono”. Se amaban con esas maneras, no se desmentían.

Mc Cornick volvió a cebar, pero rebasó y restos de yerba fueron a la manta. Ella rió:

–Estás con el parkinson...

El viejo entonces se incorporó teatralmente y golpeándose el pecho, gritó con un grito de Tarzán.

Ella lo miró con amor.

–Somos tan cursis.

El viejo se detuvo. Miró las paredes azules de la casilla y agregó:

–Sueño que la carpa se viene abajo, palabra. Y que no estás...

La muchacha le tapó la boca y lo llenó de besos. El rumor metálico del agua producía ahora un ruido atronador.

–Nunca te voy a dejar –aseguró ella.

Se cubrió con la manta y se aferró a las muñecas de Mc Cornik. Le sintió la piel tibia y transparente. Antes de volver a dormirse tuvo la bíblica y serena impresión de que la casilla era como el arca de Noé.

A la mañana siguiente dejó de llover. La tierra supuraba un olor marrón y el viejo, como todos los días, colgó el espejito en el parante de la carpa de campaña donde guardaban el aserrín. Mientras se afeitaba pensó que no sabía gran cosa de la muchacha. Apenas que era judía, que se llamaba Daniela, y que había escapado de “un montón de lazos, prejuicios y culturas familiares”.

Cuando terminó de afeitarse recogió de un pliegue del sobrotecho un poco de agua acumulada y se frotó la cara. Las palanganas estaban llenas, por dos o tres días no tendrían que bajar al pueblo. Después se quitó el barro de los zapatos y entró a la casilla. Ella dormía. Sacó el brasero sin hacer ruido, lo limpió, y preparó el fuego para otro mate. El aire todavía estaba húmedo y del monte se levantaba una neblina de cementerio. "Van a salir hongos", pensó el viejo.

Antes de dar con el circo, Mc Cornick reparaba relojes. Dejó el oficio y la ciudad por el hastío de esos mecanismos inútiles y confiando en que sus últimos años de vida los consagraría a la aventura de no repetirse. No tenía familia. El violín y sus cuatro perros fueron su única distracción mientras tuvo el taller de relojería. Luego llegaron los mecanismos electrónicos, los digitales con batería, música y memoria, y la orfebrería de sus dedos quedó sepultada por el progreso. Sin rencor ni espanto llegó a la conclusión de que esos nuevos relojes sin manecillas lo dejaban, a él también, sin brazos. Cerró entonces el local, remató las vitrinas y herramientas y salió al país a ver qué cosa era la vida. Anduvo de pueblo en pueblo hasta que dio con esa forma rampante y triste que era el circo. Una mañana se presentó en la boletería, pidió hablar con el dueño, y cuando éste se agachó para acariciar los perros, Mc Cornick, sin demasiada estridencia, sacó su melodía de siempre, ese zal anónimo y brutal que hacía que los animales se encantaran según lo convenido: en círculos, en sentido opuesto a las agujas del reloj, hasta girar y detenerse en dos patas. Su único número. Eso fue una mañana de setiembre y cuando concluyó la rutina, el hombre dijo: "quédese con nosotros con derecho de pista". Mc Cornick aceptó, más aterrado que deslumbrado, y de ahí en adelante pasó al nombre vespertino de "Mac el Maravilloso". Durante tres meses trabajó a prueba en la matinée, que era lo que duraba el derecho de pista, y al cuarto pasó a hacer números en la última noche. Los sábados y domingos salía con un traje de lentejuelas presta-

do; el resto de la semana con una camisola blanca y botas de montar. Cuando la muchacha se unió a la compañía, Mc Cornick ya había perfeccionado la rutina y los cuatro perros tenían capa de luces.

Golpeó la calabaza del mate, respiró hondo el aire de la mañana, y pensó en la muchacha. Era extraño, casi absurdo: había iniciado una relación a los setenta, cuando la vida torna a convertirse en una agonía demorada de movimientos y tenedores, cuando los recuerdos se acomodan sobre las repisas y empieza, más o menos, el espasmo y la tos en los objetos. Hasta ese entonces había tendido un biombo de pudor con las mujeres. O de temor. El caso es que toda su existencia de setenta años, hasta dar con los ojos de esa chica, estuvo signada por el delirio escrupuloso de aventuras imaginadas. En realidad, nunca había dejado de ser previsible frente a una mujer. En el abismo del deseo, había sido siempre un hipócrita consigo mismo: reacciones, gestos, respuestas soñadas pero nunca una iniciativa.

Volvió a golpear la calabaza del mate como para despertar de un sueño. Recordó la luz del circo, el trapecio, las sogas y las cuatro vueltas a la pista.

Se hizo entonces la ilusión de que esos ojos de red consiguieron lo que siempre había deseado: ser feliz. Sonrió. Era tan cursi.

Cuando Daniela despertó el mate estaba lavado. Mc Cornick se había ido al monte a buscar hongos. Desde la casilla podía verse la figura desierta y flaca del viejo. El sol estaba en los eucaliptos. Era una mañana tibia, con los últimos vapores de la tierra yéndose hacia el oeste. Daniela se desperezó y gritó: la figura hizo un saludo a lo lejos. Luego la muchacha fue hasta las ollas y se lavó el pelo con el agua de lluvia. El viejo le decía que tenía una figura de publicidad. Pero ella hacía como dos años que no miraba televisión. Sin embargo, las únicas imágenes del pasado que tenían algún valor estaban relacionadas con su familia. La odiaba, a su madre sobre todo. Pero sentía que seguía de-

pendiendo de ella. Muchas noches se sentaban a ver caer las estrellas y ella sacaba el tema de su familia. Mc Cornick la escuchaba, pero no decía nada. A él le gustaba su aire tendencioso, sensual. A veces le murmuraba que era la inspiración de su vejez. Pero ella no entendía o no quería entender.

Cuando el viejo regresó pusieron los hongos sobre una mesa plegable y los contaron:

–Treinta y tres –dijo satisfecho.

Después los hirvieron. Pero antes de retirarlos el viejo hizo lo que siempre hacía: limpió un clavo sin óxido, lo sumergió en el agua, esperó unos minutos, y comprobó si no se ponía súbitamente negro:

–Están buenos –dijo alzando el clavo.

–De algo hay que morir –bromeó ella.

Por la tarde sintieron un rumor de tormenta en los intestinos, con fiebre y espasmos de un frío que a él le pareció azul. Creyó que se le calcinaban los testículos y en medio de su delirio sintió tener piedras. Daniela, en cambio, murió. Pero murió muy dócilmente, con una sensación de frío que apenas se le manifestó en los oídos: lo último que oyó fue que tenía nieve en los tímpanos. Un aluvión lento que terminó por cubrirla totalmente.

A la madrugada, después de los vómitos, el viejo se acurrucó junto al cuerpo tieso de la muchacha y se durmió buscando calor.

Despertó tiritando. Cubrió a Daniela con una manta y se puso a preparar mate. No recordaba gran cosa, pero el aserrín y el rescoldo del brasero le devolvieron la sensación calcinada en los testículos. Se palpó y tuvo una mueca de alivio: estaban intactos. Luego se puso junto al catre. Estaba mareado y febril:

–Fueron los hongos –le dijo– fueron esos hongos de mierda.

Notó que la muchacha le asentía con la cabeza y la dejó dormir. Antes le acarició el pelo, más brillante que nunca y súbitamente crecido.

–Vas a tener que cortártelo –murmuró.

La humedad de las últimas lluvias había desafinado el violín. Mientras esperaba el silbido de la pava se puso a tensar las cuerdas, sentado al borde de la casilla. La mañana era luminosa y diáfana. El aire tenía el olor del estiércol de los campos, recién abonados. Cerró entonces la puerta y se puso a probar con ímpetu algunas notas. Luego se afeitó, tomó mate, y con el resto del agua dejó que hirviera y preparó caldo de arroz.

–Es para la descompostura –le dijo al tiempo que la acomodaba entre dos almohadones.

La muchacha mantenía una rigidez espectral.

Con los párpados cerrados y los brazos en cruz por encima de la manta, parecía una visión intacta del pasado. Raro, pero mantenía el mismo gesto que durante las funciones: se inclinaba levemente, entornaba los párpados y ponía los brazos cruzados para agradecer los aplausos.

–Tuve la culpa, yo tuve la culpa –dijo el viejo.

En seguida le aferró la mandíbula y le abrió la boca, tirándole la cabeza hacia atrás. Le vació entonces una cucharada de caldo. El vapor comenzó a escapársele de entre las comisuras y dos hilitos tibios bajaron hasta los pómulos. Mc Cornik la miró: era como un cráter en erupción. Cuando completó el tazón la volvió a acostar y la arropó con cuidado. Sobre la manta, a la altura de los pies, colocó el capote para la lluvia y encima de éste un almohadón:

–Trató de dormir –susurró.

Estaba horizontal y eterna, con una mueca estéril en los labios. El viejo ya se apartaba cuando un rumor de esclusa y bajo vientre salió de las sábanas. Se volteó y destapó el cuerpo desnudo:

–No es nada –dijo.

La limpió con agua tibia y cambió las sábanas, volteándola a un lado y al otro. El fondo del catre lo cubrió con lonas de la carpa mayor, los últimos parches que quedaban. Por último, la acurrucó.

Antes de volver a taparla contempló la malva desnudez de los muslos y se sintió feliz. La perfumó y tuvo la serena impresión de que le pertenecía más que nunca. "Todo está igual", pensó.

Al mediodía, antes de marcharse al pueblo, la remeció y le dijo palabras de amor al oído. Se despidió con un beso en la frente y buscó en la cartera amarilla unos pocos pesos y el viejo reloj de plata, grande y con leontina. Jamás lo consultaba, lo mantenía como recuerdo de la profesión. Lo puso en hora mirando el sol y luego le dio cuerda. Inclino la cabeza del cadáver y se lo echó al cuello:

–Atrasa –dijo.

En el silencio de la casilla el pecho de la muchacha despedía un sonido acompasado y firme. Camino al pueblo, repasó mentalmente las compras. Era un cuarto de legua escasa de una huella desprolija y estrecha. Mc Cornick siempre encontraba pensamiento nuevos en esa marcha vacía. En realidad era lo único que encontraba, porque a la aridez del paisaje había que sumarle la ausencia de molinos y alambrados. El monte próximo a la casilla era lo único cierto; después, hasta los primeros caseríos, nada. Había escuchado decir que toda la zona estaba surcada por napas de agua salada, y estando tan lejos del mar le parecía increíble. Más increíble que la decisión del viejo de instalar su circo allí. Aunque era un buen lugar para una agonía. Se preguntó si junto al mar saldría agua dulce y siguió caminando. Estaba liviano y tranquilo.

En la farmacia compró ajeno molido, formol y tinturas. Era un local húmedo que todavía conservaba la publicidad del viejo Geniol, enmarcada con cartulina amarilla a la pared y por encima de la balanza de pie. Don Linera era también un hombre antiguo, con ideas arcaicas y tachuelas y

clavos en la cabeza. Siempre estaba atento y desconfiado. Mc Cornick no se sorprendió cuando el farmacéutico, como al descuido, le preguntó por la nieta.

–Quedó en cama. El ajenjo es para ella –contestó.

Linera hizo un gesto indolente:

–Creí que se habían ido.

–No todavía –replicó el viejo.

–Si es para el estómago esto le va a ir muy bien –dedujo el farmacéutico mientras terminaba de envolver los frascos.

–Claro –repuso el viejo. Y extendió un billete de mil.

Linera dio una vuelta completa a la manivela de la registradora y el campanilleo metálico quedó flotando en el aire.

–En el pueblo va a haber censo –dijo de pronto el farmacéutico.

Mc Cornick tomó el cambio y miró los ojos sin brillo del hombre:

–Mejor –dijo. Y se marchó.

El pueblo era un caserío recto y simétrico, con una plaza principal inútil pero prolija y calles de polvo que había que aplacar cada dos días. Para eso estaba el camión de la acaroina de la delegación municipal y el encargado del club de fomento. En las veredas de las casas había bancos de plaza, todos idénticos, y acacias al frente que siempre se podaban igual: como globos terráqueos. Bordeando el río de polvo de la calle principal estaban los palenques de troncos, encalados y rectos. La lluvia última había lavado el olor resinoso de la acaroina. Un resquemor asaltaba a Mc Cornick cada vez que bajaba al pueblo, conversar con esa gente era como volver a los clientes y a los relojes.

Caminó resueltamente hacia la tienda y compró hilo chanchero y agujas de colchonero.

–Para los remiendos de la lona –dijo sin soberbia. Sabía que cada compra debía justificarse y estaba acostumbrado. El tendero era un rumano opaco y cansino. Su único pro-